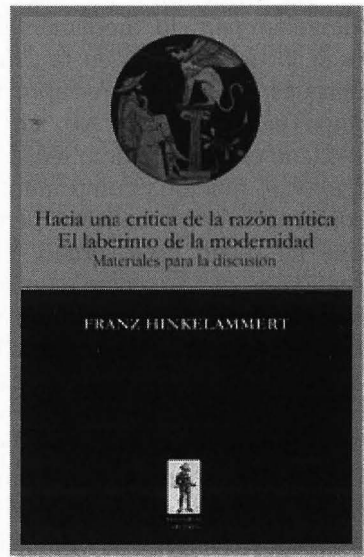


Rincón del libro

Novedades de la biblioteca "Florentino Idoate" de la UCA

Franz Hinkelammert. *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad. Materiales para la discusión.* San José, Editorial Arlequín, 2007.

¿Cuál es *nuestra* relación con los mitos? ¿Qué nos dicen *a nosotros* las historias de batallas, héroes y monstruos; de dioses, vírgenes y penar antiguo? Es probable que no sean preguntas frecuentes en los lectores de *Prometeo encadenado*, *Edipo Rey* o del *Apocalipsis*. O tal vez sí. Pero el asunto fundamental es *por qué deberíamos* hacernos esas preguntas si de lo que se trata es de comprender eso que llamamos modernidad. ¿Cuál es la relación entre los mitos y nuestra moderna condición? Franz Hinkelammert no nos da *una* respuesta, pero nos hace una invitación: penetremos en el laberinto de la modernidad.



Desde la primera página hasta la última, el autor va en busca del "hilo de Ariadna" que nos permita entrar en el laberinto sin morir en el intento, es decir, sin que el recorrido acabe con nuestra capacidad para comprender lo que configura el suelo bajo nuestros pies. Según el filósofo alemán, la modernidad no es una era de "superación" de los mitos, sino el nombre que damos al movimiento intelectual —y económico, social, político, cultural— que

construye sus cimientos mediante la *explotación* del mito más importante que produjo Occidente: el mito del Cristianismo. La modernidad usufructúa con el relato del Dios que se hace hombre, construyendo una ideología de la igualdad humana y de los derechos inalienables, a la vez que utiliza *la defensa absoluta* de estas ideas como el sustento teórico para justificar masacres interminables y destrucción infinita —de los “salvajes”, de las culturas no europeas, de la naturaleza. Efectivamente, el sentido de la encarnación “explota” en el modelo occidental de globalización y su política de tierra arrasada.

¿El Cristianismo un mito? Para Hinkelammert, lo fundamental no es si lo que sucedió en la Cruz, y después, en la Resurrección, tuvo lugar *efectivamente*. No. Lo que sostiene es que, en tanto *relato fundacional*, funciona como mito. Por supuesto que un creyente pensará que tal relato dice verdad, en el sentido de que se refiere a un acontecimiento verídico, real, histórico. Esto es perfectamente legítimo. Pero acá nos posicionamos *más acá* del asunto de si somos creyentes o no. Nuestros marcos categoriales esenciales, los esquemas de pensamiento que sostienen criterios científicos, normas jurídicas y valores éticos, son inseparables *del significado* que trasluce en las palabras de San Pablo: “Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo” (Gá 3, 28).

Hay una línea de sentido que arranca con el grito de Prometeo, quien rechaza el ofrecimiento de apaciguar el dolor a cambio de su servidumbre, y conecta con la consigna marxiana “de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable” (p. 22). Asimismo, la legitimación del exterminio purificador —el Terror revolucionario francés, los “campos de la muerte” camboyanos, la “justicia infinita” de G.W. Bush—, ese tremendo dolor inseparable del alumbramiento de una “nueva sociedad”, encuentra su prefiguración *trágica* en el doble rostro de Jesucristo, en el Apocalipsis: por una parte, el Dios de la Ley y del Poder que amenaza con la espada que sale de su boca; en el otro lado, el Hermano que nos espera con los brazos abiertos, en la ciudad en donde no habrá más dolor ni lágrimas, ni árbol de la muerte, porque el Poder y la Ley *pasaron ya*.

Franz Hinkelammert presenta *Hacia una crítica de la razón mítica* como “materiales para la discusión”, una discusión que nos exigirá una mirada amplia y mucha paciencia si queremos, como Edipo, descifrar los enigmas de la Esfinge. En lo personal, no dudo que esta lectura propiciará la reflexión y la contraposición de nuestras propias razones para dudar y para discrepar. Tampoco serán escasas las adhesiones.

CARLOS MOLINA VELÁSQUEZ